

OROSPEDA

REVISTA QUINCENAL
CIENCIA * LITERATURA * ARTE

Año II

Murcia 1.º de Febrero de 1917

Núm. 5

DE LA MURCIA VIEJA

COSAS DEL AÑO 2.

*Rogativas para que no llueva más.—
Rotura del Pantano de Lorca.—El pan
por las nubes.—Un obispo a la antigua
española.—¡Viva Godoy!—Los reyes en
Murcia.*

Hay años puramente fantásticos que nos sirven para denotar en hipérbole la vejez de ciertos sucesos, a los cuales llamamos, sin comprometer la veracidad de la fecha, «cosas del año uno», ó «cosas del año de la Nanita.»

Este dicho no es local precisamente. Lo que a mí me parece de especial marca murciana, es ese otro dicho de «cosas del año dos.»

Antes de nacer este siglo, cualquiera peripecia antigua, un sombrero raído, una conversación sobre los tiempos de Prim, eran cosas del año dos. ¿Y por qué del dos y no del cinco ó del doce? Indudablemente porque ese año deslizó su curso en el tiempo dejando huellas memorables en la historia de Murcia, del siglo XIX.

Yo, con permiso de mis indulgentes lectores, voy a hablar algo del año dos, que también pudo ser llamado el año del jaguava!

Después de una sequía implacable de varios años, al alborear éste, las nubes hurafias e impropicias, se acordaron de que en el mapa existía este rincón levantino, y, enredando sus senos en las cumbres montañosas, di-

ieron:—¡Allá va lo nuestro! Y desde Enero a Diciembre, con breves descansos para tomar nuevos bríos, se abrieron las cataratas celestes. Las gentes anduvieron con agua al cuello y bebiéndola de pié, que es bello el ideal, un poco hiperbólico, de los moradores del campo.

En Enero recogieron los pozos de Espuña 164.000 arrobas de nieve y en Abril se hicieron en la Catedral rogativas ¡para que no lloviera!

¡Pero siguió lloviendo! Y el día último de dicho mes, el muro de contención del Pantano de Lorca, hecho un azucarrillo de puro amerado, cayó estrepitosamente y dejó escapar, en torbellino asolador, su enorme depósito, arramblando, como primera víctima, con el ingeniero constructor de la obra, que estaba reconociéndolo. Así, al menos, se cuenta.

Pronto se le hincharon las narices al río Segura. Eran las diez de la noche cuando la gente de la ciudad acudía al Puente a presenciar la riada, que crecía a palmo por minuto.

El corregidor don Antonio Montenegro mandó calar enseguida los tablachos y envió emisarios a Orihuela para que estuviesen apercebidos.

Durante varias horas, las aguas que el río recogió de las desencauzadas del Pantano, estuvieron bordeando los pretiles, pero no entraron en la población.

La huerta se anegó casi toda y hubo bastantes víctimas. Del caserío de la Vux-negra quedó en pié la iglesia solamente. Los cauces se cegaron. Se perdieron las cosechas. Se derrumbaron centenares de viviendas...

La catástrofe agudizó la miseria; la miseria azuzó a los hambrientos contra los pu-

dientes, y se impuso otra calamidad: la leva, la tenebrosa leva, el atentado más irracional contra el derecho de gentes.

En medio de este ciclón de desventuras, dos espíritus generosos, cristianos y abnegados se esforzaron hidalgamente por ahuyentar el imperio del hambre: el obispo don Victoriano López y el deán Otañez. Aquél abriendo sus graneros para vender el trigo á mitad del precio corriente, para los pobres; éste gastando cincuenta mil reales de su peculio en jornales para reforzar el Malecón.

No entraba un grano de trigo, aún librándolo de todo derecho, y una libra de pan costaba 16 cuartos; la mitad del jornal corriente.

En Septiembre hicieron su aparición las calenturas tercianas y en Noviembre se expuso al público en el balcón del Ayuntamiento... ¿qué dirán ustedes? ¿El descubrimiento de la quinina? Se expuso el retrato de Godoy pintado por Goya, que le costó a la ciudad 6.000 reales y se le obsequió con orquestas y luminarias. ¡Viva el Príncipe de la Paz! (*)

*

Como suceso del Año 2, y no con ánimo de enlazarlo a las anteriores calamidades, más bien para contrastar antinomias de la vida comunes a todos los tiempos, debemos citar aquí un hecho que señala una fecha notable en los anales murcianos.

Es este el tránsito por esta ciudad para la de Cartagena de los augustos monarcas

(*) Este cuadro, que debería ser hoy una joya de nuestro Museo Provincial, quizás fué robado diez años después por las tropas francesas del mariscal Soult, quién, a su paso por España, arrambló con infinidad de pinturas de Murillo, Rivera, Zurbarán y Goya. Con ellas formó una rica pinacoteca en París, que, andando el tiempo y vendida en públicas subastas, nutrió de lienzos españoles los museos extranjeros, sin que nuestros gobiernos se preocuparan de reintegrar a la patria semejante despojo. Una Concepción de Murillo, acaso la obra más grande del glorioso sevillano, la adquirió, en estas subastas, el Museo del Louvre en 615.000 francos, según el "Heraldo de Madrid.,,

don Carlos IV y doña Maria Luisa de Borbón y los infantes don Fernando y doña María Antonia, princesa de Nápoles, éstos en plena luna de miel.

Hallábanse los soberanos en Orihuela, cuando circuló en Murcia la especie de que las augustas personas habían preguntado si hallarían camino directo para Cartagena, sin pasar por aquí, y esto, que parecía menosprecio para los murcianos, fué acicate que provocó en el pueblo el deseo de probar su hidalguía, su nobleza y sus sentimientos de amor a la Monarquía.

Cronista de este suceso fué el médico-poeta murciano don Francisco Meseguer en su *Rasgo Poético*, editado en la imprenta de Juan Vicente Teruel, e ilustrado con humorísticos versos por el prebendado don Luis Santiago Bado, hombre de letras y acérrimo realista.

Decía Meseguer, describiendo el entusiasmo popular hacia nuestros monarcas:

«No hicieron ciertamente
soberbios carros del metal precioso,
ni aparato ostentoso
de la riqueza y fausto del Oriente,
pero manifestaron
cuánto puede el amor, y evidenciaron
su cariño sincero,
fino, leal, constante y verdadero,
y tal, que el Soberano
y la adorada Esposa
y toda su familia generosa
mostró al pueblo murciano
sumo agradecimiento
con públicas señales de contento.»

Sigue el cronista describiendo en medianos versos, como los anteriores, los arcos, obeliscos, estatuas y alegorías que en distintos puntos levantaron los Gremios. A la entrada del paseo del Malecón lució un magnífico arco, con la siguiente inscripción:

"A los altos Soberanos
y a la Progenie Real
muestran su cariño ufanos
en este Arco Triunfal
los Panaderos Murcianos.,,

La Torre lució una vistosa iluminación! y toda la portada de la Catedral se alumbró con profusión de cera.

El susodicho señor Bado dedicó a la Torre estas festivas décimas:

“Amor fuego es celestial
que con su dulce calor
hace perder su rigor
al bronce y al pedernal;
nuestra Torre colosal;
dexa esta verdad probada:
dura, fría y aun helada
por muchos años se vió;
amor del Rey la tocó
y hoy la vemos inflamada.

Entre tan dulces ardores
en amor se deshacía
y del fuego que sufría
la salieron los colores;
nunca en materia de amores
hay que fiar en edades,
estados ni calidades,
pues no está de amor exenta
esta niña que ya cuenta
sus trescientas Navidades.

Prendióse de mar a mar
de puntas, quadros, festones,
qua era, hablando en dos razones,
abrir ojos y mirar;
pero debo confesar,
aunque a las viejas deteste,
que entre la espantosa hueste
que hay en Murcia, vive Cristo,
por fin una vieja he visto
prendida que no moleste.,,

Los Reyes se hospedaron en el Palacio Episcopal. El Prelado, siempre grande y munífico, realizó un acto conmovedor. Meseguer lo describe así:

“En ala prolongada,
al paso de los Reyes colocada,
cincuenta había Labradoras bellas,
y ufanos junto a ellas
sus sencillos amantes,
que finos y constantes
de amor alarde hacían
y humildes a los Reyes se ofrecían.

Victoriano el Piadoso
bien pudiera mostrarse generoso
con soberbio aparato de grandeza
el ostentoso lujo desplegando
y a necios admirando
con vana profusión de su riqueza;

mas no, que su largueza
(en Murcia y en el mundo conocida)
nunca fué conducida
de vanidad mundana
y quiso a la Persona Soberana
dar de su amor patente testimonio
qual Príncipe cristiano,
uniendo con su mano,
en santo indisoluble matrimonio,
aquella juventud, y juntamente
con su munificencia
proveyó a su futura subsistencia
larga y cumplidamente
y a los nuevos esposos
hizo a un tiempo felices y dichosos.,,

Como que, además de costearles los trajes a los novios, dió a cada una de las 51 esposas la dote de doscientos ducados.

Desfilaron por el Palacio episcopal, ante los reyes, los carros triunfales de los Gremios, una comparsa de ginetes moros corriendo la pólvora, otras representando distintas naciones con sus características vestimentas, y otras haciendo juegos y vistosos enlaces con cintas de colores.

Encantados los augustos visitantes con estas magníficas expansiones, dijeron que se holgarían mucho si se repetían al día siguiente, y se les dió este gusto.

Se quemaron por la noche tres castillos de pólvora en ambas márgenes del río.

A la estatua de Baco, colocada en la plazuela de la Inquisición, sobre una fuente que manaba vino, obra de los taberneros, dijo uno de sus devotes la siguiente décima:

“Divino dios de la uva,
sacra magestad del mosto,
que eres racimo en Agosto
y a Octubre pellejo y cuba;
permítme de que suba
a tus glorias celestiales
y me abruce en los raudales
de tus pipas y toneles,
donde te alaban tus fieles
coronados de parrales.,,

Los regios huéspedes salieron de Murcia creyendo que abandonaban la Arcadia feliz o la espléndida y rebosante Jauja. Como que el Municipio se gastó en pocas horas 109.483 reales y seis maravedís.

¡Que ya es gastar, pagándose á cuatro duros la fanega de trigo y teniendo que comer pan de maiz las gentes que se regocijaron tanto!

Bien estuvo todo. Hasta el *Rasgo Poético* de Meseguer. Pero el rasgo de mayor gran

deza y de más poesía fué el de aquel inolvidable obispo.

Para recordarlo, principalmente, pergeño esta página.

JOSE FRUTOS BAEZA.

NUESTROS POETAS

TESORO

Estas rosas postreras, por qué brotan tardías,
fugitivas y bellas en la desilusión...?

Colores desvaídos por las melancolías...

crepúsculos de savia... llanto en el corazón...!

—Emotiva sorpresa de lágrimas...—No llores!

¿Recuerdas, triste mío, pretéritos de flores
blancas, anunciación del remoto cariño...?

..Y me ocultabas hondo, del renacido encanto
el milagro de plata de estrellas de tu llanto
y, dentro de tí mismo, otro corazón-niño...?

NOCTURNO

El cielo tiene cuajados
de flores sus jazmineros
y las tristezas embruman
a este viejo parque enfermo.

Si voy por las avenidas
se me abaten los recuerdos;
guardan silencio las fuentes
que olvidaran mis secretos.

Oh blancas noches gozadas
al arrullar de mis versos;
pues nos amábamos mucho,
era nuestro amor ingenuo.

Eramos novios recientes;
tenía los ojos bellos
y al posarlos en los míos
sentía gozo y tormento.

Ella me miraba poco
—le daban mis ojos miedo—
porque mis ojos sabían
escapar por alma adentro.

Pocas palabras, muy pocas...
más hablábamos a besos:
besos en los labios cálidos,
besos en los ojos serios.

La voz qué temblor; qué amable;
y qué prodigio su cuerpo...

Luego quise hacerme el fuerte,

estar sano, estando enfermo
y, voy a luchar—!e dije;
y ella: te espero, sé bueno.

He conocido a los hombres
¡Que amargor de vida tengo!.,
A ella vuelvo y ella dicen
hace tiempo que se ha muerto
y me lo dicen con una
veladura de misterio.

Yo lo escucho y yo no sé
que tengo; no me estremezco;
me lo dicen y yo estoy
pensando si vivo o muero.

¿Dónde está la que amo tanto,
parque silencioso y yerto?
¿Y tus noches perfumados,
dí, tus noches qué se han hecho?

A tí me dedico todo,
dame tu recogimiento:
te ofrezco lagos de lágrimas,
brisas de suspiros quedos;
quiero vivirte en su nombre
y soñar que aquí la espero;
resucitarla en tus sombras,
bajo los tilos benéficos,
quiero vivirte y vivirla
en borrachera de ensueño...
¡Estoy sumido en tu bruma:
en tus tristezas me anego...!

Por el cielo vuela algún
jazmín de tus jazmineros
y en el dolor de mi alma
florece sus ojos serios...

¡Avenida de los tilos,
—éxtasis de los recuerdos—
dormiré bajo tus frondas
el grave silencio eterno...!

GABRIEL GUILLÉN.

Cuentos de "Oróspeda,"

¡Mal haya quien adula al poderoso!

(LOPE DE VEGA)

Es mi amigo Paco un hombre enjuto de carnes y afectos, que se pasa la vida demostrando las debilidades humanas, porque entiende que la existencia racional es como un curso de matemáticas, donde cada teorema debe tener su demostración y cada problema su solución propia, con exclusión de todas las demás. Lo más temible de mi excelente amigo consiste en que si se le contradice, emplea en la demostración de sus aseveraciones el método *ad absurdum* y pone de oro y azul al que se permite tener opinión contraria.

Visitóme el aludido hace pocos días y desde los primeros momentos comprendí que algo extraordinario le ocurría, porque su expresión, imperativa y violenta de ordinario, se mostraba sustituida por cierto tono desfallecido y plañidero, impropio de su manera de ser habitual.

Inmediatamente después del saludo de ordenanza, mi visitante abrió la válvula de su indignación y comenzó á declamar contra la adulación, que, según él, es el vicio que tiene más corrompida y perturbada la Sociedad actual, el que enerva los caracteres, el que predispone á los extragos de la presunción y de la soberbia, el que falsea las más puras concepciones de la Justicia, el que retuerce y adultera los más respetables dictados de la razón y del derecho, y el que encumbra, en fin, esas falsas reputaciones, que llegan á ser otras tantas calamidades de los pueblos.

Objetéle yo con gran mesura y comedimiento, que si bien lo examinaba, observaría que la adulación en su origen sólo era producto de un sentimiento noble y generoso, aunque á la vez irreflexivo: que servía para exteriorizar los más grandes y desinteresados afectos; como el de la madre por el

hijo, el del amante por su amada, el del artista por su obra genial y que, mientras estas exageraciones se mantienen dentro de la órbita sentimental, ningún peligro ofrecen, puesto que solo contribuyen á hacer más amena la vida. Sin embargo, reconocía también que no faltaba fundamento á su juicio cuando ese procedimiento se esgrimía con miras interesadas y ambiciosas, como demuestra la historia de la mayor parte de los favoritos de los Monarcas absolutos, que careciendo de buen sentido y siendo débiles ante los halagos de la vanidad, se han dejado sorprender y seducir por las malas artes de los aduladores.

Eso lo he creído yo hasta ahora,—replicó mi interlocutor.—Mas tengo un ejemplo reciente, que no me deja duda de que es imposible escapar de entre las mallas de una adulación bien tejida. Escucha lo que me ha ocurrido á mí, á tu amigo Paco, quien hasta ahora había estado persuadido de que su vida era un orden de silogismos, en el que no quedaba nada á merced de lo imprevisto, sino que todo se realizaba lógica y racionalmente.

Prepárense á oírle con toda atención, por que había excitado mi curiosidad, y mi buen amigo me hizo su confesión del modo siguiente:

—Bien sabes que no he contraído matrimonio, por no tener que transigir con la voluntad de mi mujer en las pequeñas diferencias de la vida común. En mi casa, habito solo con mis criados, sometidos todos al más severo régimen de austeridad y disciplina.

Una de las órdenes que tengo dadas es que no permitan gatos en la casa; porque he aprendido que son vehículos de varias enfermedades y porque no me convence la

teoría de que debe haberlos para que destruyan los ratones, en razón á que, por el mismo sistema, había que hacer provisión de golondrinas para los mosquitos, de tortugas para los insectos y otra serie de animales para combatir y ser á la vez combatidos, lo que convertiría cada casa en un arca de Noé.

Mis órdenes respecto de los gatos se han venido cumpliendo con fidelidad; pero ocurrió que este verano se mudó de casa la familia que ocupaba el piso segundo de la en que yo habito y se dejó un felino, no sé si intencionalmente ó porque no quiso seguirla. Lo cierto es, que allí quedó abandonado y á merced solo de los designios de la Providencia.

La que el interesado adoptó desde los primeros momentos, fué, sin duda, la de procurarse el sustento por medio de la caza; mas, ó esta era escasa ó sus aptitudes medianas, pues luego á luego tuvo que buscar un suplemento de alimentación en los desperdicios de mi comida, penetrando furtivamente en la cocina por la noche, cuando todos estábamos descansando.

Olvidaba decirte, que el gato de mis pecados tiene poco que agradecer á la Naturaleza, porque su piel, de un color de ceniza oscuro, le presenta siempre como acabado de salir de la carbonera y resulta tan desgraciado, que los chicos del segundo le bautizaron con el nombre de *Morfeo*, no por erudición mitológica, sino por el epíteto con que termina la palabra. Sea por este motivo ó porque cometió algún acto contrario á la decencia, la servidumbre me denunció sus excursiones nocturnas, pero como interpreté aquella acusación nacida, más bien que de la obediencia á mis órdenes, de las represalias por el servicio extraordinario a que se veía obligada, deduje que no debía tomar mi autoridad cartas en el asunto, sino dejar que las cosas continuaran sin intervención de mi parte.

Te confieso, amigo mío, que este detalle, al parecer insignificante y en cierto modo justificado, ha sido la causa inicial del hecho, que tanto me excita y apesadumbra.

Desde aquel día *Morfeo*, con la complicidad tácita de mis criados, invadió la cocina cuando y como le pareció conveniente y

hasta se subió a las hornillas, en ocasiones en que sentía frío, para calentarse durmiendo junto al puchero. Así se fueron deslizado los sucesos, hasta que para solemnizar mi Santo, tuve que convidar a comer a unos parientes de numerosa prole que, por gozar de excelente salud, acudieron todos a la invitación, y el instinto, sin duda, dijo al gato que era el instante propicio para inaugurar sus visitas al comedor, bajo la protección decidida de aquellos niños voluntariosos y mal educados.

El plan que emprendió desde entonces el felino para conquistarme, fué tan hábil como perseverante. Cuando me sentaba a la mesa, se me aproximaba cauteloso, rumoreando opacamente y con el rabo erguido, el lomo encorvado y las patas en tensión, rozaba suavemente mis piernas. Si me encontraba de mal humor y le sacudía con el pié, se marchaba humildemente para volver al poco rato y continuar la misma faena. Cuando yo toleraba su presencia, se sentaba en el suelo junto a mí y esperaba pacientemente a que le echara algunas migajas. En los casos en que olvidaba de su presencia, solía recordármelo con un maullido débil, que parecía ahogado por el temor de molestarme; y de este modo me fuí acostumbrando paulatina e inconscientemente a la compañía de *Morfeo* y hasta llegué a presumir que me profesaba un verdadero afecto. En fin, chico, cuando alguna aventura propia de los de su especie le retenía ausente, lo echaba de menos y me sentía algún tanto contrariado.

Caminando por esta pendiente, al cabo de cierto tiempo *Morfeo* se metió en mi despacho, que es la habitación más confortable de la casa y allí también desenvolvió el mismo plan de ataque y conquista, que venía empleando hacia mi persona. Entraba con timidez, se colocaba en el rincón en que menos estorbaba y se mantenía siempre atento a mis menores movimientos, por si recibía alguna orden o leve insinuación que indefectiblemente obedecía con presteza y exactitud. En fin, fué tanta su devoción, tantos sus halagos y tan extremada su aparente adhesión, que llegó a interesarme cada vez en mayor grado y le permití que tuviera libre entrada en el despacho, aunque

manteniéndolo todavía a respetuosa distancia respeto de mí.

En el curso de mis abdicaciones, ya no podía contenerme ni volver atrás. Una mañana temprano me desperté y noté hacia mis pies un calor agradable y desusado: era el gato que se había subido a la cama y estaba allí acurrucado, modulando ese rum-rum pausado y silencioso, que es signo de bien estar en los felinos.

Al principio me disgustó el atrevimiento y pensé expulsarlo de mi lecho y mandar que le dieran duro castigo: pero después me hice cargo de que el animal obedecía a su instinto; que quizás habría procedido a impulsos del cariño que hacia mí sentía; y como en realidad yo no me encontraba mal con aquel calorífero suave e inesperado, lo acepté como un hecho remediable en cualquier momento y me sometí por completo a sus halagos.

Así hemos continuado este invierno, con *Morfeo* más asiduo cada día en calentarme los pies y en todos sus detalles más humilde y más devoto, hasta que esta madrugada... ¡me horrorizo al pensarlo; he notado cierta humedad insólita y he visto desvergonzadamente confirmada la acusación, que mis criados formularon en otro tiempo y que yo desestimé como temeraria... El delincuente había desaparecido, comprendiendo sin duda toda la villanía de su conducta!

¿Tengo o no motivos para estar arrepentido e indignado por mis inconsecuencias y debilidades con un adulator de tal estofa?

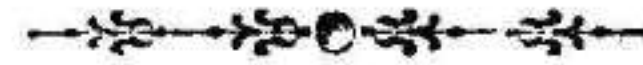
Realmente,—le dije,—lo que más te mortifica es el abuso de confianza de que has sido víctima por parte de *Morfeo*; pero del suceso se desprende una moraleja que puedes brindarla y ser aprovechada útilmente por todos aquellos que son fáciles a los estímulos de la adulación.

J. LEDESMA.

Educación de la mujer

EL PROBLEMA FEMINISTA

¿debe abordarse en Murcia?



Hay quien todavía cree prematuro el abordar en España el problema feminista. El que así lo estime calificará seguramente de tan atrevido como inoportuno el que yo plantee en estas doctas columnas de OROSPEDA tema tan delicado como interesante.

Pero es que yo entiendo, por el contrario que el problema de la educación de la mujer—que no es otro el problema feminista,—debiera abordarse con mayor intensidad y con más profunda fé que hasta hoy se viene haciendo en la nación española; es que yo creo sinceramente que la falta que supone el abandono de este tema primordial de la educación femenina es el origen del atraso en que se desenvuelve España, con relación a los más adelantados países, en diversas e importantes cuestiones sociales; es que yo entiendo, en fin—¿por qué no decirlo?—que el egoísmo masculino es el culpable del atraso en que supone sumida a la humanidad el hecho de no marchar en su educación al unísono con el hombre «la bella mitad del género humano».

Inglaterra, Estados Unidos de América, Australia, Argentina, Canadá, Rusia, Finlandia, Alemania, Austria, Hungría, Francia, Suiza, Italia, Suecia, Noruega, Dinamarca, Portugal, Egipto, Servia, Noerlandia, Rumanía y algún otro país, han abordado, con mayor o menor resultado práctico inmediato, la solución del problema feminista: ¿acaso la mujer española es de peor condición que la de esos Estados, o el hombre en España se halla más dominado por prejuicios injustos, por egoísmos ridículos o por cobardía moral?...

En España, la mujer, abandonada a su propio y aislado esfuerzo, calladamente, sin buscar resonancias de campañas en la prensa, sin ampulosos discursos de propaganda, intenta trabajosamente conquistar sus legítimos

timos derechos, procurando a la vez la adquisición de una cultura. Pero no recibe la ayuda generosa del hombre, que, antes al contrario, no le deja el paso libre para que pueda llegar presto a donde debe llegar, no ya como mujer, pero ni siquiera como esposa ni como madre.

Es hora ya de abordar el problema nacional de la educación femenina.

**

Pero ¿cómo abordar la cuestión del *feminismo* cuando su sola enunciación asusta a los numerosos pusilánimes?

Hoy por hoy resulta difícil y complejo el problema; más no porque lo sea en sí, sino por la total omisión que de él se ha hecho con grave perjuicio para el bien social.

Sin embargo, urge tomar medidas y dar facilidades para su solución. Y si en un artículo periodístico se hace imposible el desarrollo de este problema con toda la amplitud a que su importancia da lugar, concretaremos lo posible, reduciremos sus términos, pero no dejaremos de plantearlo con la vista fija en el porvenir de nuestros hijos, que es donde con más ternura, con más fé, con más amor hemos de ver toda la necesidad de que la mujer se eduque, se instruya, no solo para poder ostentar dignamente el nombre de esposa, el nombre de madre, sino también para el caso, harto frecuente, de que el destino en este punto, que a ella le está vedado elegir, le imposibilite de cumplir el deber que la especie le impone.

Es muy fácil y hasta muy cómodo el decir que «la misión de la mujer no es otra que la de esposa y madre»... ¡Ah!... Si así lo fuese, el problema feminista quedaría reducido a educar a la mujer solo y exclusivamente para tal misión. Pero hay que tener en cuenta que, antes que esa sublime misión, tiene los deberes del trabajo y de su propia educación.

No es, no, la de esposa y madre, la sola misión de la mujer, ni puede quedar reducido el problema—con ser también importante y necesario su planteamiento—a esos términos.

Veámoslo. Vengamos por un momento a la realidad.

Pero al traer a la realidad esta importantí-

sima cuestión social para intentar, sino colocar los primeros jalones para la elevación del anhelado edificio ideal a lo menos hacer, crear, levantar una atmósfera favorable en pró de una nueva educación adecuada para la mujer en la vida moderna, a más de reducir sus términos, concretaremos nuestros deseos a la reivindicación de la mujer murciana.

Hay una estadística aterradora. En España, y con tendencia a aumentar, existen más de seiscientas mil solteras... ¡Y hay que dar gracias a la Divina Providencia de que nuestra nación no haya formado en la conflagración europea!

De esa cantidad más que respetable de *sobrante* femenino, corresponden a la provincia de Murcia unas seis mil mujeres, y solo a nuestra capital más de cuatro mil...

Y pregunto yo: ¿qué preparación, que bagaje cultural tienen esas mujeres para poder seguir en la lucha por la vida? ¿Qué educación recibe, qué le proporciona la sociedad actual a la mujer para fortalecer sus energías a fin de cumplir sus deberes sociales en el caso probable de no alcanzar el matrimonio?

En su inmensa mayoría quedan en cruel desamparo, sin un medio honrado de ganarse la subsistencia, sufriendo las amarguras y decepciones de una vida sin objeto ni dirección!

Porque el convento, con sus grandes ventajas, en el siglo XX, no puede ser una solución. Ni, aun siéndola, cabría pensar que todas aquellas mujeres tuviesen dote o que puedan tener vocación para consagrarse a esa vida religiosa.

Para facilitar un tanto la solución, el Estado ha hecho algo, muy poco dada la magnitud del problema feminista: ha creado, en Madrid, la «Escuela del Hogar y Profesional de la mujer», que, aunque no responde cual sería de desear, es un paso de importancia aquí en España donde se carece de centros especiales de instrucción secundaria apropiada para la mujer, y en algunas capitales, —entre ellas Murcia— han comenzado a funcionar las «Escuelas de adultas» cuyas enseñanzas también son un adelanto para la instrucción femenina.

Bien se ve que la acción del Estado, aun-

contando con el acceso que a la mujer se ha concedido a ocupar algunos destinos oficiales,—casi todos por medio de la oposición, en donde, por cierto, se ve triunfar dignamente a la mujer—no basta para resolver el problema.

Por lo mismo convendría llegar en cada región, en cada provincia, en cada pueblo, a practicar una acción social en favor de la mujer, para que, a más de proporcionarle, en lo posible, educación apropiada, abriera nuevos horizontes para su porvenir.

En nuestra capital la «Escuela de Encajes» recientemente creada por la Diputación, hace vislumbrar un porvenir de gran provecho para la mujer murciana, ya que está llamada a ser fuente de una nueva industria, que bien pudiera alcanzar en Murcia la importancia que en otras poblaciones.

En cambio es de lamentar que no se haya asociado al comercio el elemento femenino. ¡Qué pena da y que extraño resulta ver a un hombre en plena juventud a veces fornido como un atleta, digno de un trabajo apropiado—tras un mostrador despachando cintas, vestidos, encajes, perfumes... y otros delicados artículos propios para ser manipulados por unas manos femeninas!...

El problema feminista, ¿debe abordarse en Murcia? ¿Merecen alguna atención esas cuatro mil mujeres que quedan en forzosa soltería y otras veinte, treinta, cuarenta mil casadas que necesitan ayudar al marido para cubrir las necesidades del hogar, de los hijos, ante las exigencias de la vida moderna?

Si el dignísimo director de ORÓSPEDA, en aras de la mujer murciana, y por ende de la belleza, ofreciese estas aristocráticas columnas para que en ellas emitieran su opinión damas que por su ilustración, su caritativo contacto con la mujer del pueblo; su elevada inteligencia, habrían de iluminar y orientar en la resolución de este problema, seguramente que sería de incalculables beneficios el bien social que a Murcia reportaría.

Serían muy dignas de tenerse en cuenta las valiosas opiniones de damas tan preclaras como Rosa Seiquer de Llovera, Encarna-

ción Sptorno de Servet, Ana Codorniu de Hernandez Rós, María Tamayo de Más, Josefa R. Pellicer de Diez de Revenga, María Seiquer de Romero, Amalia RuBio de Nolla, Catalina Seiquer de Peña, María Nolla de Clavel, Dolores Nolla de Pérez Marín...; María y Anita Casalins, Isabel Mesequer, Rosario Llorca, Caridad Bañón, Carmen Ruiz-Funes, María Castaño, Margarita Aguilar, Sacramentos Gascón, María Luisa Pardo, Elena Roig, Luisa Pérez Nambó, Delfina Guirao Almansa, Pepita García Ayuso...; de profesoras tan competentes como Primitiva López, Aurelia Mouller, Laura Argelide...; de maestras tan ilustradas como María Maroto, Purificación Amorós, Aurora Avonzora, Matilde Saura...

¿Qué dirían?

RAMIRO PINAZO.

La Redacción de ORÓSPEDA y su Director en nombre de ella, dispuestos siempre a secundar cuantas empresas y nobles ideales redunden en beneficio de esta región, acogen con viva simpatía la feliz iniciativa y acertada propuesta del culto periodista don Ramiro Pinazo; y se complacen en brindar estas columnas a las distinguidas damas y señoritas murcianas que han sido aludidas, así como a cuantas quieran favorecernos con sus opiniones y sus escritos acerca de tan interesante tema.

Hora es ya de que la mujer española, que tiene en la Historia representación tan alta y admirable como la de una Isabel la Católica, una Santa Teresa de Jesús, una Agustina de Aragón y una Concepción Arenal, se sume a ese simpático movimiento feminista erigido en otras naciones, demostrando que la que desempeña por la Naturaleza la augusta misión de ser madre del hombre, es digna también de compartir con éste otras gestiones sociales y de cultura.

ESCENAS MURCIANAS

LA VOZ DE LA SANGRE

En el pueblo celebraban todos los años, en Semana Santa, una procesión suntuosa. Salía a las seis de la mañana del viernes de la Iglesia parroquial. Dos largas filas de alumbrantes, vestidos con túnicas moradas, cuyo color había desvanecido el tiempo, y tocados de altísimos capuces, formaban en ella. Interrumpían las largas filas tres *pasos*: una reproducción de «La oración del huerto», de Salcillo, sencillamente lamentable, Nuestro Padre Jesús y la Dolorosa:

La imagen del Nazareno atraía todas las devociones. Cargando el rico trono, sobre el que culminaba envuelto en una túnica fastuosa, llevando una cruz de plata, iba la flor de la mocedad de los contornos, lujosamente ataviada.

El pueblecillo de cabo de estantes, codiciado por todos los jóvenes, se adjudicaba anualmente, por pujas, al postor de más rumbo. El designado reunía en su casa el día de la procesión, a las cinco, a los nazarenos y los obsequiaba con un almuerzo, rociado con una cantidad fantástica de vino. Luego, durante toda la mañana, antes, después y en la procesión, les pagaba rondas de copas de aguardiente en todas las tabernas del paso.

Dos de los nazarenos, el Mellao y Paco, se citaron a las cuatro y media casa del primero, con el fin de «tomar la mañana» antes del almuerzo. Poco antes de esa hora salió Paco de su casa. Tremelucían las estrellas en la calma de la noche y la pálida luna de Jueves Santo miraba con su faz melancólica y exangue, próxima a extinguirse.

Anduvo Paco la senda, bordeada por un azarbe seco, que unía su casa con la de su amigo, llevando la túnica vuelta sobre la cabeza, para evitar el barro, producido por la humedad de la noche, luciendo unas medias de repiscos de color de rosa y las blancas alpargatas, flamantes, anudadas con cintas negras.

Llegado a casa del Mellao, golpeó la puerta con el regatón del estante. Una voz somnolienta le respondió desde el interior y a poco apareció su amigo en el portal.

Se encaminaron casa del cabo de andas, que habitaba a bastante distancia. En el trayecto, el Mellao contó a Paco una violenta reyerta que había tenido en la taberna la noche anterior con Ferisneas. Sin la intervención de los amigos hubieran terminado mal.

—¿Los mareasteis?—inquirió el amigo.

—No seas bruto, hombre—dijo el otro— Tu sabes que yo quiero a la María. Al quearse sin padre se fué a vivir con la hermana del Ferisneas, una tía bruja. Desde que llegó a su casa, se le metió entre ceja y ceja la idea de casarla con su ahijao. La María se negó. Y como la bruja porfiaba y las mujeres son como son y se van al sol que más calienta... y el ahijao tié cuartos.... vamos que han llegado a entenderse.. La otra noche, cuando yo iba a hablar con ella por el corral, me encontré abierta la puerta de la casa y luz en la cocina. Estaban allí Ferisneas, su mujer, su hermana, el ahijao y la muchacha... Entré con malas pulgas, la verdad; dí las güenas noches y como se quedaran tóos azaraos, me crecí y dije: «Alguien hay aquí de más». Y el blanco del ahijao contestó: «Yo ya me iba» y se largó el muy cobarde.

—Mellao es que tu eres muy hombre; desde que le tiraste el *mandao* al Rojo te tién miedo.

—Bueno, póos yo me asenté junto a María y le dije que me iba a perder por ella... y sabes lo que me contestó «que si tenía la obligación de quererme». La hubiera ahogado. Por no hacer una barbaridad, me fuí. Estos días he estao trebajando y, cansao de noche, no he ido por allí; a mas que quería evitar cuestiones. Como hoy en la procesión me los encuentre hablando, tumbo a la tía bruja esa que tié la culpa de toó, ¡maldita sea!—

—¿Y la bronca con Ferisneas...?—inquirió Paco.

—Póos na, que, al volver del trabajo antiayer me lo encontré y no me saluó. Anoche, después de cenar, estaba en la taberna del Puche, con unos amigos, y tuvo la barra de convidarme a tomar una copa. Lló me callé. Él mandó al Puche que las pusiera y cuando estaban en rilá en medio del mostrador, las

barrí de un revés. «Esto mismo—le dije—hago contigo» y la bruja de tu hermana y el cobarde de tu ahijao...»—

—Lo chafaste, ¡leñe!—dijo riendo Paco.

—Que si lo chafé... se fué de la taberna mermurando «No quió broncas ni jaleos.

En este punto de su conversación llegaron los amigos casa del cabo de andas.

II

En la calle Mayor del pueblo se agrupaban los curiosos, esperando el paso de la procesión. Los que por su posición económica podían ocupar sillas protestaban indignados de la masa humana que se les había puesto delante.

—Menos mal que vendrán pronto los civiles—dijo Ferisneas que se encontraba en un grupo con su mujer y su hermana. La mujer, extenuada, enfermiza y mal vestida, llevaba en brazos un niño. La hermana envolvía sus enormes carnes en un rico pañuelo, ostentando sobre su cabeza el lujo desusado de un velo negro.

Ferisneas chupaba con delectación un cigarro puro y de vez en cuando cruzaba a la taberna de enfrente a «matar el gusano». Junto a ellos muy amartelados y dulzones, se encontraban María y su novio. Era ella una muchacha sana y sensual; él un mozallete pálido y delgado, de tímida catadura. Ruborizado, al exhibirse en público y de una manera oficial con su novia, rayaba el suelo con un junquillo. María vertía a su oído palabras apasionadas con un brillo húmedo en los ojos y una extraña vibración en su cuerpo espléndido.

—Ves lo que te icía yo—insinuó en voz baja la hermana de Ferisneas a su cuñada—esa está colá y se ha propuesto cojer a e... No cogerá, porque él es una mosca muerta—

Llegaba la procesión. Los guardias civiles que la precedían lanzaron los caballos sobre la muchedumbre que ocupaba la calle; hecho el despejo, apareció el estandarte, llevado por un nazarene de averiada indumentaria, anciano y canijo, que ofrecía a las sátiras del público una joroba enorme. Tras de él los alumbrantes en dos filas, descubriendo las caras que ocultaba un pedazo de tela

sujeto al capuz, en que aparecían, burdamente practicadas, dos aberturas para los ojos, gastaban bromas de dudoso gusto a los amigos hallados al paso.

Al llegar la «Oración del Huerto» los nazarenos que la cargaban caracolearon ufanos en un alarde varonil de fuerza y de majeza. Pareció por un momento que iban a perder el equilibrio y a caer el trono de sus hombros. De súbito se enarcaron quedando rígidos y manteniendo la carga enhiesta y sin movimiento. Un murmullo de admiración, en que tuvieron la mayor parte las mujeres, premió este rasgo de fuerza. Conmovidos en lo más profundo de su orgullo masculino, los nazarenos, en homenaje de gratitud comenzaron a lanzar cartuchos de caramelos a los regazos de las muchachas que recibían el obsequio sonrientes, y huevos cocidos a las cabezas de los hombres, que tuvieron para el porrazo y el recuerdo un comentario escatológico, no exento de cordialidad.

A poco paró el paso de Nuestro Padre Jesús, junto a las sillas ocupadas por Ferisneas y su familia. En el anda contraria al lugar donde se hallaban, iba cargando el Mellao. En el opuesto, Paco. Al oír el golpe, dado en la placa de hierro de la parte anterior de la tarima por el estante mayor, paró y descargando el paso del hombro lo sujetó con la herradura metálica en que remataba su muleta, volviéndose a mirar las caras de las mujeres; la primera que tropezó fué la de María que continuaba, insinuante, la charla con su novio, sin que le hubiera proporcionado la contemplación de la procesión motivo para interrumpirla; el muchacho callaba y seguía rayando el suelo con el junquillo timidamente.

Paco al ver la escena se agachó y por debajo del paso cruzó al anda opuesta e irguiéndose, apareció junto al Mellao, que reposaba la carga; con una mezcla de indignación y turbación dijo a su amigo:

—Ahí están esos.

—¿Quién—inquirió tranquilo el Mellao.

—Pós la María y el novio:

El Mellao, siempre dueño de sí y con un extraño fuego en los ojos, dejó su puesto, entregó a Paco su estante, se descargó en el de una gran cantidad de huevos cocidos y

de habas tiernas que extrajo del seno. y metiendo de nuevo la mano en él, se dirigió, apresuradamente, al sitio donde se encontraban María y su novio. No pudo verlos porque al llegar, dando la vuelta al paso, junto a las sillas, los nazarenos, encargados de cargar en las varas, le impidieron avanzar y quedó frente a Ferisneas, su mujer y su hermana.

Al confrontarse con la última, ella, llena de terror, se levantó con apresuramiento de la silla y trató de huir; no pudo porque la fila de gente, colocada a su espalda, le sirvió de obstáculo. Hubo tiempo, para que el Mellao, loco de cólera, de celos y encendido de pasión por los encantos materiales de María, que le hurtaban para siempre, disparara su pistola contra la mujer, hiriéndola en la espalda, a la vez que clamaba desenfrenado: «Toma tía bruja paá que t'acuerdes de mí».

La hermana de Ferisneas, al sentirse herida, cayó al suelo. La mujer cogió a su marido que había permanecido sin moverse de estupefacción, por un brazo, lo levantó con violencia de la silla y con apasionados rugidos de dolor le impulsó para que defendiera a su hermana; mientras, el niño que llevaba en los brazos rodó por tierra con un llanto desconsolador. La procesión se interrumpió, corriendo nazarenos y público en desbandada, al oír el disparo. El Mellao, tranquilo y retador aguardaba la agresión de Ferisneas.

—Mataló, mataló, cobarde—repetía la mujer de este último, golpeando con cólera a su marido y tratando violentamente de arrojarlo sobre el agresor.—Mal hombre, co-

barde, ahogaló mataló... es tú hermana... tu sangre... defiende a tu sangre.. no tiés corazón...—

Ferisneas logró desasirse de su mujer; se tentó la blusa, buscando un arma, ante un rugido de placer de ella, que adivinó la finalidad del movimiento. Luego viéndola exaltarse por momentos la contuvo:

—Ten paciencia—le dijo—ya sé que es mi sangre, pero me he dejao en la casa la pistola; ya lo buscaré yo una noche y le daré un susto.—

Vibró ella, clamando venganza.

—¿La pistola? ¡Ah cobarde!... con las uñas, con los dientes... con los piés... mataló... tu hermana... tu sangre...

Rugía la mujer, increpando a su marido. Le dirigía insultos brutales. El público, curioso, volvía á ver lo ocurrido, convencido de que no había peligro. Se llevaron al Mellao. La mujer de Ferisneas lo llenó de nuevos denuestos y aproximándose a su cuñada con otras mujeres, la levantó del suelo, le reconoció el cuerpo y vió que estaba levemente herida y que podía andar por su pié. Se la llevaron, profiriendo al andar gritos de dolor. Ferisneas dijo a unos amigos:

—Vamos a refrescar, señores, pa quitarnos el susto. Estas mujeres lo vuelven a uno loco. Y pensar que tóo ha sido náa. Y pensar que si llevo un arma, y no me cogen los amigos, el Mellao no hubiá visto más procesiones. Esta sangre que tié uno es pa perderse...

MARIANO RUIZ-FUNES.



POETAS EXTRANJEROS

EVOCACION

DE HEINE

*Sentado está en su celda solitaria
el joven franciscano;
lee en un vetusto libro amarillento,
«La llave del Infierno» ensimismado
y lo cierra al sonar la media noche,
cuando sus labios, por el miedo cárdenos,
evocan los espíritus malignos
con su voz de caverna en los arcanos.
«Espíritus, sacadme de la tumba
el cuerpo de mujer más puro y blanco
y dadle vida solo en esta noche,
que quiero edificarme en sus encantos
y beber la ambrosia de la vida
entre sus rojos labios»
Pronunciada la fórmula terrible,
al punto vé cumplido su mandato
y la pobre belleza surge muerta
entre blancos cendales arropado
su cuerpo que fué bello, hoy carcomido
por los ruines gusanos.
Su mirar es bien triste; de su pecho,
suspiros de dolor brotan cansados...
se sienta junto al fraile, ambos se miran
y callan entre ambos.*

JESÚS DE MIJARES.

LOS ROMANCES DE TORNEL (1)

In Memoriam

Hace algunos años, en un día de los de fiestas de Abril, en plena Semana Santa, escribía yo lo siguiente:

«A Murcia hay que amarla en todo tiempo, con cariño de madre, pero en Semana Santa este amor nuestro ha de convertirse en adoración. Son estos días de recogimiento, tan típicos y tan evocadores en nuestra tierra, lo envuelve todo, seres y cosas, tal ambiente de misticismo y de poesía, que no es posible sustraer el alma al influjo fascinador de estas tradicionales bellezas.

«El murciano de buena cepa, enamorado de los encantos y de las virtudes de su madre, debe someterse alborozado a lo que cada uno de estos días exige—San Juan nos dice que cada día trae consigo su propio afán—es decir, ha de dedicarlos a las prácticas religiosas, a comprar claveles y caramelos, a admirar a Salzillo, a oír las correlativas, a dar un vistazo a la vega, a releer el Ángel de la Oración del Huerto de Madrigal y los romances populares de Tornel. «Y con esto, el que así lo haga, habrá sabido extraer el jugo, la médula poética de estos santos días y el perfume que los envuelve, como en una aureola...»

«¿Os acordáis de aquel romance «A Murcia» de Tornel? Evocadlo conmigo y sentiréis poco a poco un dulce calorillo en las mejillas; veréis como os gana el corazón una emoción íntima y cordial, como a un huérfano al recordar la oración que rezaba su madre:

Murcia mía, santa cuna
de mis años inocentes,
quiera Dios que en tí mi vida
corte su curso doliente...

«¡Qué dulce mansedumbre, qué emoción más viva, qué bucólico encanto...! Casi to-

(1) Epílogo de los «Romances Populares de don José Martínez Tornel.

dos estos Romances denotan un espíritu sentimentalmente movido a gozo, transmisor de la simpatía humana. Su lectura nos purifica el corazón; por eso mismo habrán de exhumarse indefectiblemente todos los años, en estos días de dulce recogimiento y de poesía, así como se exhuma en Noviembre el Tenorio de Zorrilla.»

Ese sentimentalismo movido a gozo; esa simpatía humana de que yo hablaba entonces, son los factores esenciales, la médula poética que sostiene y alienta toda la labor fecunda del llorado murciano. En efecto, la ternura, la voz amada, unos ojos risueños que sorprendemos mirándonos confiados en medio de una muchedumbre distraída; los callados dolores de madres, las humildades de esposa cristiana y resignada que llora y no protesta; la tierna caricia de una mano que se posa sobre nuestras cabezas...; hé aquí los móviles íntimos que informan sus temas poéticos; y bañado todo, amorosamente, en un sano sentimentalismo de hogar cristiano.

No afirmo yo que la labor de Tornel, desde el punto de vista literario, sea trascendental... Para mí, su Musa es una flor de mansedumbre, sin perfumes exóticos, sin aires de Europa, dedicada exclusivamente a lucir en el rosal del solar amado, y a perfumar, entre los suyos, anhelos recónditos y ocultas bondades... No es obra trascendental, ni puede serlo porque alienta dentro del vallado humilde de un exclusivo murcianismo; pero siempre será preferible a la labor de embestir a unos hombres contra otros; a halagar multitudes para satisfacer concupiscencias y torcidos egoísmos; a defender con la máscara puesta teorías utópicas y a adorar la sensación como la más alta finalidad de la vida.

Su prometida, su amada, su Dulcinea, fué durante toda su vida la huerta murciana... ¡Su Huerta! ¡Ah, la resignada dulzura de los crepúsculos huertanos, las líneas onduladas de los montes que cercan la vega, los manses alborozos rústicos, los verdes rincones de idilio! Entre los virginales esplendores de la vegetación, rodeado de floridos naranjos de hojas verdinegras, Tornel sabía oír una evocadora melodía agreste, y aque-

La melodía dulcísima y sedante para su corazón, estaba impregnada de humedades de rocío y de aromas de rosas nuevas...

En su labor diaria, las visiones poéticas de su vega moruna le deslumbraban. Huertano él mismo, ha sabido extraer el jugo de estos asuntos bucólicos y cantarlos en prosa y verso: Los gorriones, felices, bebiendo al sol en las charcas de los bancales recién regados, mientras danzan en zumbona zarabanda, sobre las verdes aguas de la acequia, millares de mosquitos; la palmera de color de bronce antiguo; el lirio del valle, la resignada higuera, los nazarenos huertanos, la señoril parranda, el gusano de la seda... y ¿a qué seguir? la huerta toda con sus frutos, savias y aromas, así como las costumbres, tradiciones, anhelos y problemas de los huertanos.

Otros de los temas que le seducían en su labor diaria, y a los que trataba con amoroso celo, eran las descripciones de ceremonias y ritos religiosos; este amor se encendió en su pecho, allá, en los dulces años de seminarista, y nadie como él para pintar con cuatro rasgos la pomposa majestad de las bordadas casullas, la procesión de las palmas, las novenas de Dolores, la entrada en Murcia de la Virgen de la Fuensanta y, sobre todo, los días de la Semana Mayor, cuando triunfan Salzillo y las violetas, la Prima vera sonríe como una novia dichosa, y en los cielos y en el aire y en las cosas flota un místico perfume de errática poesía,

* * *

En su tarea diaria, la característica era el desaliño, pero no un desaliño *voulu*, sino como producto natural de su modo de ser, ya que mostraba la misma dejadez y el mismo lamentable abandono en el vestir que en sus escritos. Jamás pulía lo que brotaba de su pluma; escribía al vuelo, bajo la impresión del momento y la agobiadora necesidad de llenar cuartillas. Su obra es incorrecta; pero ¿quién sabe...? sin ésto, quizás hubiera perdido ese carácter "sui generis," que le da el atractivo arcaico de un ingenuo primitivo.

Su ingrata labor, periodística absorbió su vida; esa labor en la que para cada día dichoso hay ciento llenos de inquietudes, em-

brolos y sorpresas agri-dulces, incoherentes, ilógicas, como son ¡ay! los tediosos enredijos de la humana existencia.

Durante más de un cuarto de siglo fué director propietario del inolvidable y murcianísimo «Diario», el periódico entonces más popular de la región, y en él, día tras día, está la historia menuda de Murcia, con sus horas de gala, de alegría y de luz y sus noches tenebrosas de inundaciones... ¡Treinta años de vida murciana aprisionados entre los corondeles de aquellas planas! ¡Treinta años de anhelos, de luchas, de bufonadas y virtudes!

No, su tarea no podía ser cuidada y ordenada, y precisamente lo que nos sorprende, encanta e interesa en Tornel es que sin afeites, artificios y recetas literarias, armado con el pincel de un primitivo, haya sabido pintarnos su visión particularísima de la vida, lo que le ha emocionado al contacto con la realidad.

Su obra toda es, en verdad, como un jardín abandonado; las estatuas están caídas; en la fuente seca anidan los pájaros; la lámpara de piedra del vestíbulo está apagada y borrosa... Todo se empolva y enmaraña... Tal vez, aquí y allá, diseminados en las páginas de este mismo libro—que no es su obra total, sino una parte de ella—se encuentren en germen bocetos de verdaderas obras de arte; apuntes de crónicas, cuentos y poemas que son, no ya huellas evidentes del talento de su autor, sino los elementos que hubieran podido crear cuadros bellísimos y originales.

Repito que Tornel no aspiró nunca a ser un estilista; nunca aspiró a oficiar de benedictino por la forma; su propia idiosincrasia repelía tal aspiración, y en verdad, aunque yo no sea partidario de tal sistema, reconozco que a veces es útil y hasta indispensable para llegar a las últimas capas sociales y conmoverlas y gozar de la aureola popular, pensar, si se puede, como un Pascal, y hablar como hablara su criada...

Vivió Tornel como escribió: al día, con el abandono y el triste desbarajuste de un hombre solitario, sin esposa, sin hijos... Sus íntimos sabemos que él suspiró siempre, como su amigo del alma Baquero, por un hogar cristiano y sonriente, que fuera resu-

men de sus afanes; por un nido tibio y modesto, para convertirlo en trono, palpitante de temblores de besos, de alegría de rosas, de rumores de risas...

¡Tornel, Baquero...! Al evocar esos nombres, una onda de incontenida 'piedad nos sube a la garganta. ¡Pareja inolvidable de murcianos de la pura cepa! Inolvidables desde todos los puntos de vista: por su calidad de artistas solitarios, murcianísimos hasta la médula; por sus dotes de escritores; por sus amores al terruño y hasta por el relieve de sus mismas figuras: la de Tornel, exornada de miliciano perilla, era un tanto apicarada y donjuanesca, con empaque de hombre satisfecho y servicial; la figura de Baquero, altiva y desengañada, con su ancho sombrero de fieltro, sus imperiales patillas, su pipa y su noble perfil verlainiano.

*

En estos últimos tiempos de su vida, bajo el peso de los años, decaía su espíritu y su cuerpo. En horas dulces y fáciles de intimidad su corazón buscaba pechos generosos, buscaba otros corazones a quien contarle confidencialmente, en voz baja, dulces efusiones; abriase su alma a todas las terruras y sólo de tarde en tarde asomaba a sus labios la amargura, como el primer síntoma fugaz y desconocido de una enfermedad latente: la vejez... Había vivido mucho y vivir supone por partes iguales ciencia y dolor...

La muerte repentina de Baquero fué nuncio de la suya. Aquella herida en lo más sagrado de sus afectos le rindió. Después del triste suceso, vivió Tornel automáticamente algunos meses, muy pocos, melancólico y ceñudo como un cenotafio.

Por un misterioso azar estuve presente a su muerte, como lo estuve a la de Baquero. Murió el llorado murciano con la tranquilidad del que se dispone a cumplir un austero deber: entornáronse sus ojos, dejó desplomarse la cabeza sobre la almohada y se dispuso a dormir o a soñar... Ante su cuerpo yerto me oprimió el corazón una angustia sagrada y rememoré *in mente*, a modo de oración, aquel romance ternísimo que ningún corazón murciano puede escuchar sin conmoverse, porque ocurre con él lo que

con la música: le evoca recuerdos hasta al que no los tiene:

«Murcia mía, santa cuna
de mis años inocentes,
quiera Dios que en tí mi vida
corte su curso doliente,
y me dé tu tierra tumba
que abriguen eternamente
las hojas de tus rosales
y el llanto de tus cipreses.

La mano derecha de Tornel, caída sobre el pecho, esbozaba el signo de la cruz, y parecía hacer esfuerzos para alzarse y bendecir.

Quise, pensativo, traducir aquella actitud y acudieron a mis labios aquellas divinas palabras de dulcísimo colectivismo místico; Amaos los unos a los otros, murcianos, como yo os he amado...

ENRIQUE MARTÍ.

Evolución murciana

EL INTERÉS COLECTIVO

Suenan aún los ecos de los aplausos y vítores que nuestros paisanos tributaron a los excursionistas del tren especial.

Era ello el desbordamiento de un sentimiento íntimo, que, nacido al calor de un peligro inminente, tuvo la eficacia de aunar las voluntades, haciéndolas moverse en la única dirección que marca el engrandecimiento de una región.

Las luchas en que se malgastan energías, los enconos que dificultan toda labor útil, se amortiguaron hasta perder su dominio, para dar paso a una fraternidad, que al ser la admiración de los extraños, es la prueba más eficaz del beneficio que debe reportarnos.

Y es tanto más de aplaudir esa admirable manifestación de civismo, por cuanto viene

a demostrar, que al borrarse las diferencias de criterio se engendrará una rectificación saludable de pasadas equivocaciones.

Hasta hace poco la huerta constituía una sección aparte de la población y en el fondo palpitaba un tanto de antagonismo, que no siempre se supo disimular.

No hemos de remontarnos a la época en que la presencia del *churubito* por la senda de la huerta era saludada con unas cuantas piedras recogidas del margen del azarbe, ni recordar aquellos otros más recientes hechos en que la sorna ciudadana se cebaba en la espontaneidad del hablar y del sentir huertano...

Más aquello pasó. Poco a poco la huerta ha ido penetrando en la ciudad, y esta ha frecuentado la huerta, llegándose por fin al conocimiento saludable de que la vida de la capital es imposible sin la savia huertana, como sería la de la huerta, sin el consumo de la ciudad.

Apenaba, y no poco, el espíritu de los que somos aficionados a estudiar los problemas locales, el desconocimiento, que en general se ha tenido, de lo que es y supone la huerta para la población.

Espíritus cultísimos, cuyas dotes excepcionales brillan en el foro, en la medicina y en labores intensas de cultura, cuando se ha tratado de esos problemas, que para la huerta son de trascendental importancia, o revelaron una supina ignorancia, o se encojieron de hombros para significar su indiferencia.

El mismo comercio, que se desarrolla lozano gracias al dinero de la huerta, hasta ha poco no se dió cuenta de que lo mismo acrece la caja con el duro ciudadano que con la peseta huertana, y de ahí que haya establecido una plausible igualdad en el trato, y en las atenciones del mostrador.

El huertano por su parte, al abandonar la indumentaria tradicional y arcaica, vistiose con el traje progresivo de una cultura suficiente, haciendo que sus hijos frecuenten la escuela, y ampliando los horizontes del porvenir con el conocimiento de trabajos agrícolas, con los cálculos para la exportación y con el estudio de industrias que se relacionan con la Agricultura.

Bien es verdad, que para llegar a esa com-

penetración murciana se ha hecho cuanto se podía por aquellos que más directamente influyen en el desarrollo de la vida local.

El presidente de la Federación señaló en la Cámara Regia una de las mejoras que más alto han colocado el nombre de la Murcia Agrícola moderna, y ha contribuido de una manera eficaz y positiva a la evolución del espíritu huertano, estimulándolo en el sentido del estudio y de la constancia: La Estación Sericícola.

No se ha limitado la labor cultural de este Centro al conocimiento y manejo del microscopio, base de los rendimientos sederos sino que ha ampliado de tal modo sus conocimientos en el asunto, que hoy hablan nuestros huertanos de estos problemas como los más adelantados en el ramo.

Queda ciertamente una laguna por secar; pero no es del todo imputable a los huertanos: nos referimos a la higienización de las viviendas; pero el día que esto se consiga, se habrá dado un paso de gigante en la sericultura murciana.

Ya hemos conseguido en gran parte la autonomía de nuestro mercado, que fué siempre feudatario del extranjero; y si se logra el establecimiento de los secaderos de aire caliente, en la forma y proporción que exigen las necesidades de la producción, pronto nos veremos completamente libres de extrañas presiones.

El propietario, como el colono, se han convencido de la necesidad de esa libertad comercial, y dando facilidades el primero y defendiendo sus intereses el segundo, se ha logrado que la huerta mejore en una proporción considerable.

Ayuda también ese desenvolvimiento huertano el mútuo apoyo que se prestan los sindicatos, base de un crédito más amplio y de mayores facilidades para el tráfico agrícola.

¡Lástima que el colono tenga el más acerbo enemigo en las sequías del estiaje!

¡Solo los que de cerca conocen las penalidades huertanas pueden apreciar lo que para el huertano supone la falta de aguas en un cultivo!

Cuando la población ha visto entrar por calles sobre un zarzo, o sobre un modes-

to carro, un herido de la huerta en lucha por el riego, no ha podido comprender el drama, que esas heridas encierran para los pobres cultivadores.

El riego discutido, y de tan mala forma ventilado, es el crédito del invierno, el pan de los hijos...

Por eso la sangre obscureció el cerebro y predominó el instinto.

Ya son por fortuna menores las contiendas, no por falta de ocasión; sino por haberse impuesto el buen sentido.

El les ha hecho comprender que no debía fiarse el fallo del pleito al contundente argumento del azadón o la picaza, y por ello ha buscado por otros medios la defensa de sus amenazados intereses.

Y surgió clamorosa la demanda para que no se perdiesen durante el invierno esos millones de metros cúbicos, que pueden constituir la riqueza del verano.

Espíritus generosos recogieron este sentir popular, y se produjo esa manifestación espontánea de mútua compenetración, que lo mismo se manifiesta en la defensa de la exportación murciana, que en el estímulo poderoso de las atonías oficiales.

La buena semilla ha prendido, y con vida lozana comienza a desarrollarse: precisa, por tanto, la diligencia en el cultivo, que será tanto más provechoso, cuanto más fuerte sea el lazo que ate las voluntades.

NICOLAS ORTEGA.

La Escuela de encajes

Con brillantísima pluma, que honra sus puras dotes literarias y revela un espíritu altamente poético acaba, de hacer el panegírico de la Escuela encajera murciana, una jóven, culta y distinguida profesora: Laura Argelich. Con refinamiento de una punzante psicología que corre parejas con las sutilezas de un sexo, señala la capital imper-

tancia de tan simpática Institución, en sus relaciones con la vida social de nuestro tiempo.

Acaso la suspicacia de espíritus parciales, —plantas exóticas en el campo de las ideas, —consideren la Escuela de encajes asunto a tratar propio y exclusivo de la mujer. Pero no; todo cuanto contribuye al desenvolvimiento de la actividad humana, en cualquier grado que sea, acciona sobre el hombre de un modo más o menos directo, por ser éste el verdadero eje central de la rotación de la vida. Esta y otras consideraciones que en defensa de nuestra tesis podríamos aducir, justifican, desde luego, nuestra intervención.

Nada hemos de agregar a la justa defensa que de la Escuela de encajes hace la jóven profesora, sino solo suscribir los certeros juicios por ella sentados, y afianzar, en lo posible, sus aseveraciones. Ni una pincelada siquiera hace falta al brillante cuadro que ha trazado.

El pueblo de Murcia, fundido en el crisol de un inmaculado patriotismo, reclamó de los Poderes Públicos, con una gallardía que hace honor a los títulos de su historia, la creación de una Universidad. El nuevo centro docente, verdadera catedral del intelectualismo murciano, no obstante la oposición y resistencia que obstaculizaron su paso, fué sin embargo concedido, merced al poderoso empuje de la voluntad colectiva; marcando con ello una etapa memorable en los progresos regionales, cada día en aumento, que auguran el alborear de un mañana esplendoroso, con iris de belleza y de poesía.

Es decir, ante la magnitud de causa tan grande, Murcia aunó su noble entusiasmo, forjado en el yu que de un redentor idealismo, dando así una nota ejemplar de civismo, que hace más excelso el abolengo de su estirpe. La Escuela encajera, señala una innovación progresiva, de marcada influencia en la vida social de la mujer. *Deber ineludible es, pues, de nuestros representantes en Cortes, gestionar cerca del Gobierno, para que el Estado coadyuve al desarrollo de ésta y otras industrias, tan beneficiosas para la prosperidad y riqueza de nuestro país.* Con ello, alcanzaría Murcia una flor más, que puede unir a su inmensa corona de triunfo.

Empresa digna, ciertamente, fuera ésta, del hidalgo y caballeroso pueblo murciano, creador por sus anhelos ideales, de muchas leyendas. Murcia tiene los arrestos de un titán y la acometividad de un ser fuerte, enérgico, pareciendo por su grandeza fascinadora, la quinta esencia del pueblo moderno, creado a la luz del espejismo de la fantasía y al calor de la inspiración poética... Elevando su voz poderosa en demanda de tan justa causa, Murcia, patria divina de Saavedra Fajardo, Floridablanca y Salcillo; madre amantísima de Cascales y Baquero; tierra bendita de flores, de tardes diáfanas, de suaves céfiros, de noches estrelladas, de armonías celestes; hechicera de la gracia, la bondad y la belleza; *mora cristianizada*, incubadora de prodigiosos poetas, cuyo estro señero vibra en dulcísimos acentos, produciendo delicadas estrofas, que son joyas preciosas, inapreciable ornamento del rico parnaso español..., Murcia, repetimos, al realizar tamaño acto de patriotismo, haría sonar con aire de triunfo, los ecos quejumbrosos de los cantos de su huerta, y, elevaría grandes elogios del trabajo y constancia, que inmortalizaron el espíritu masculino de Castilla.

.....
 ¿Directora de la Escuela de encajes? La elección no es dudosa: Laura Argelich. Lo merece por sus talentos, por sus especiales aptitudes, por sus prestigios. Es espíritu perspicaz, práctico, inteligente, del siglo; es mujer a la moderna, española como aquellas inmortales mujeres, heroínas de un alto ideal, que hicieron irreparables sacrificios en defensa de los grandes valores éticos, que sirven de salvaguardia a los sagrados y legítimos intereses de la Patria.

LUIS CARRASCO GÓMEZ.



REBUSCOS

DAMIÁN SALUZIO DEL POYO

Algunos datos biográficos

La cuarta de las preguntas, con que se inició esta sección de *Rebuscos* en el número I de OROSPEDA, decía así:

«*Damián Saluzio del Poyo*:—¿Fué realmente sacerdote, como se ha dicho, éste famoso dramaturgo murciano?»

Ciertamente, estábamos a la cuarta pregunta en lo que se refiere a noticias biográficas sobre Damián Saluzio del Poyo.

Pero ante todo; ¿quién fué Damián Saluzio del Poyo? ¿Por qué hemos de preocuparnos por la vida de este olvidado y casi desconocido varón? Todos o casi todos nuestros ilustrados lectores saben que Saluzio del Poyo fué un célebre murciano, famoso dramaturgo del Siglo de Oro, contemporáneo de Cervantes, quien le dedicó en su *Viaje del Parnaso* (cap. II) aquellos dítirámicos versos:

«*Este que de los cómicos es lumbre,
 Que el licenciado Poyo es su apellido,
 No hay nube que a su sol claro deslumbre.
 Pero como está siempre entretenido
 En trazas, en quimeras e invenciones,
 No ha de acudir a este marcial ruido.*»

El inmortal Lope de Vega tuvo también en gran estima al dramaturgo de Murcia y lo demostró dedicándole su comedia *Los muertos vivos*, con aquella calurosa nunciatoria, que empieza:

«Lo que la antigüedad llama *llevar vasos a Samo*, eso es dirigir a vuesa merced una comedia, habiendo con las muchas que ha escrito adquirido tanto nombre, particularmente *La Próspera y adversa fortuna del Condestable don Ruy López de Avalos*, que ni antes tuvieron ejemplo, ni después imitación.»

Por si esto fuera poco, el mismo Lope dió a Poyo preferente lugar en su alegórico *Jardín* (Epístola 8.^a de la *Filomena*, 1621), escri-

biendo este lacónico pero expresivo elogio suyo:

*«De Saluzio del Poyo muestra el pecho
Bronce inmortal; por basa la tragedia
De Avalos gloria, del privar despecho.»*

No se quedó más corto en la alabanza del poeta murciano, Rojas Villandrando, quien dice de él en su *Loa de la comedia*, después de reseñar los escritores dramáticos más notables de principios del siglo XVII.

*«Y entre muchos uno queda,
Damián Salustio del Poyo,
Que no ha compuesto comedia
Que no mereciese estar
Con letras de oro impresa,
Pues dan provecho al autor
Y honra a quien las representa.»*

Desgraciadamente no nos quedan de Saluzio del Poyo más que cinco obras, una de ellas incierta. Sus títulos son:

—*La privanza y caída de don Alvaro de Luna*

—*La próspera fortuna del famoso Ruy López de Avalos el bueno.*

—*El premio de las Letras por el Rey Felipe segundo.*

—*La corona pretendida y el Rey perseguido.*

—*La vida y muerte de Judas.*

Las tres primeras fueron impresas en dos colecciones, hoy ya de peregrina rareza: «Tercera parte de las comedias de Lope de Vega y otros autores»... (Valencia, 1611?—Barcelona, 1612); y la «Flor de las comedias de España, de diferentes autores,—Quinta parte.—(Madrid: Alcalá, 1615).

La vida y muerte de Judas figuraba en un tomo de varios, sin portada, impreso en la primera mitad del siglo XVIII, que encontró Adolf Schaeffer y reimprimió con el título de *Ocho comedias desconocidas de don Guillém de Castro del Licenciado Damián Salustio del Poyo, de Luis Velez de Guevara, etc.* Tomadas de un libro antiguo de comedias, nuevamente halladas, y dadas a luz por...» Leipzig. E. A. Brockhans, 1837.

«*El rey perseguido y corona pretendida*» se conserva en la Sala de M. S. de la Biblioteca Nacional, constando ser su autor «el Licenciado Poyo de Salamanca», probablemente distinto de nuestro Saluzio del Poyo.

Pero aun son más escasos y confusos los datos biográficos que de éste se tienen.

Se sabía que fué *natural de Murcia y vecino de Sevilla* por constar así en la portada de la 1.^a impresión de alguna de sus comedias. Se creía saber, además, que había sido sacerdote. El doctor Antonio Navarro le concedió el tercer lugar en el *Catálogo de los más célebres escritores cómicos de principios del siglo XVII*, mencionándole en estos términos: «el licenciado Poyo, sacerdote». El italiano Fabio Franchi, en su obra *Ragguaglio di Parnasso. Essequie P etiche*, etc. (Venecia, 1636), dice de nuestro escritor: «Poyo, que es este curulla (*queste Pretino*) poco mayor que una pasa de Corinto, pide que se entreguen sus comedias a algún poeta novel, etc., Y ninguna otra noticia más se tenía de Saluzio del Poyo.

Ahora bien; ¿fué realmente sacerdote, como afirmaron aquellos dos autores antiguos, el famoso comediógrafo? *That is the question!* A ella vamos a contestar nosotros categóricamente:

El murciano Damián Saluzio del Poyo, contemporáneo del autor del *Quijote*, no fué ni pudo ser clérigo; sino seglar y muy profano. Baste decir que fué casado dos veces y que a su muerte dejó viuda a su segunda esposa. Existe un importante documento inédito, desconocido, que prueba nuestra aserción. Se trata del testamento de Saluzio del Poyo, que contiene muy curiosas e interesantes noticias de su vida.

Por este documento y algunos otros conocemos, además de muy numerosos pormenores, los datos biográficos que vamos a extractar seguidamente:

El abuelo paterno de nuestro poeta se llamó también Damián Saluzio del Poyo y el padre Luis del Poyo. Su madre fué Luisa Magaz, hija de Diego de Magaz. Eran feligreses de la parroquia de Santa Catalina.

Nuestro Saluzio del Poyo casó, por primera vez, en Junio o Julio del año 1574, con doña Beatriz de Avalos Lara y Soto, hija de don Diego de Avalos, que estuvo demente los últimos años de su vida, y de doña Isabel de Lara y Soto, matrimonio muy rico, emparentando con los Puxmarines. Doña Beatriz murió en 27 de Enero de 1607, sin de-

jar hijos. Su esposo quedó por heredero universal de sus cuantiosos bienes, entre ellos un juro de un cuento y 249,598 maravedís, de que se pagaba 89.257 mrs.. «a razón de 14.000 el millar, situados en el alcauala de la seda y grana de esta ciudad». Este juro fué concedido por real privilegio de Felipe II, dado en Madrid a 20 de Septiembre de 1562, en favor de doña Leonor, doña Francisca, doña Ana, doña Inés, doña Beatriz y doña Isabel de Lara y Soto, suegra de Poyo esta última. Muertas las demás hermanas, heredó el juro la doña Isabel y de ésta su hija doña Beatriz, que lo legó a su marido.

Doña Beatriz de Avalos tuvo una hermana casada con don Gil Garcés. Don Gil heredó el quinto de los otros bienes de doña Isabel de Lara, su suegra, y hubo de tener algunos dares y tomares con su cuñado Poyo, pues el tal Garcés «se alzó con 2.500 y tantos reales y otras cosas, llevándose de los bienes de su suegra más de lo que le podía pertenecer».

Conocemos también la parentela más próxima de nuestro dramaturgo. Sus hermanos fueron: Antonio Saluzio del Poyo, que casó con doña Ginesa Fernández de Gualda, de la cual tuvo a don Matías y a doña Angela del Poyo. Doña Ana del Poyo, mujer que fué de García de Lorca, de cuyo matrimonio tuvo una hija llamada doña Juana de Lorca. Y doña Antonia del Poyo, que probablemente quedó soltera. Tenía por primo a otro Antonio del Poyo, marido de doña Ginesa de Aroca y Bola y padre de don Diego, de don Pedro Mártir y de Antonio del Poyo. Este último vivía en la ciudad de Orihuela en 1614. Sus otros primos eran: Antonio Mellado y doña Antonia de Arróniz del Poyo, viuda de Pedro Pellicer y Guevara. Tenía además dos tías, hermanas de su madre, llamadas doña Cecilia y doña Ana Magaz, monjas del convento de las Verónicas, a las que dejó en su testamento, «para su regalo, 500 reales por el mucho amor y voluntad que yo les tengo».

Saluzio del Poyo veía con pena llegar su vejez sin tener hijos a quienes poder legar sus considerables riquezas. Sin duda esto le indujo a contraer segundo matrimonio con doña Juana Fajardo, hija legítima de don Martín de Montalbo Valcárcel y doña Juana

Fajardo y Arróniz, vecinos de Murcia. Doña Juana vino de Valladolid a celebrar sus esponsales con Poyo. Debía de ser hidalga pobre, pues sólo trajo «un cofre negro claveteado dorado con las ropas de su vestir y una arquilla blanca de madera, mediana, cuatro o cinco escritorios, o los que fueren, con algunas cosas dentro». El galán obsequió a su dama «con cuatro sortijas de oro, una cruz de oro y una cadena del mismo metal, que era de su tía la monja doña Cecilia Magaz». Sin embargo, la muerte sorprendió a nuestro dramaturgo sin lograr hijos de su segunda esposa, aunque sí con la esperanza de tener uno ilegítimo de una nieta de su vieja sirvienta Isabel Gómez, llamada Luisa de Tapia, «natural de hacia Santo Domingo de la Calzada». No sabemos si se confirmó esta esperanza, en un fruto espúreo, póstumo y tardío.

~ Damián Saluzio del Poyo otorgó su testamento cerrado, ante el escribano Pedro Suárez, el 26 de Marzo de 1614, y el día siguiente, que àquel año fué Jueves Santo, «dió su espíritu: quiero decir que se murió». Se mandó enterrar «en el Convento de Santo Domingo, extramuros desta ciudad, en mi capilla que allí tengo, y acompañen mi cuerpo cien clérigos de orden sacra, y las cofradías de nuestra señora del Rosario, Concepción y Soledad y Ntra. señora del Carmen y de los bienaventurados San Roque y San Antón, mis abogados, y del Señor Santiago, de que soy cofrade y de nuestra Señora del Arrixaca y las Mercedes, a quien se les pague la limosna acostumbrada... quiero ser amortajado con el hábito del bienaventurado San Francisco con un ataúd de madera zerrado y aforrado...»

Yacen, pues, los restos mortales de Damián Saluzio del Poyo, como los de su insigne costáneo y paisano Francisco Cascales, en la iglesia de Santo Domingo de esta ciudad. En recuerdo de este último, la Comisión provincial de Monumentos creyó conveniente colocar allí una sencilla lápida en que constase estar enterrado el gran humanista. Fué descubierta solemnemente el 22 de Diciembre de 1902. ¿No es merecedor también el que fué famoso poeta dramático murciano, de un igual pequeño homenaje que perpetúe su memoria?

En otro rebusco apuntaremos nuevos datos biográficos y observaciones acerca de aquel ilustre escritor a quien encomió Cervantes con el epíteto «de los cómicos lumbré.»

JUSTO GARCIA SORIANO.

INFORMACION

LOS «ROMANCES» DE TORNEL

Cuando estaba casi terminada la composición de este número de OROSPEDA se ha puesto a la venta el tomo de «Romances populares murcianos» de don José Martínez Tornel. Acontecimiento literario de gran interés regional es la publicación de este libro. Por su acendrado murcianismo, por su ambiente, típicamente nuestro, por la variedad interesante de las costumbres locales que refleja, por su colorido pintoresco, merece este libro un importante comentario. Sin tiempo para hacerlo, nos limitamos en este número a acusar recibo a los sobrinos del autor del ejemplar que han tenido la atención de dedicarnos, á agradecerles, en nombre de Murcia y de su poesía la publicación de los «Romances» y a elogiar como se merece, el acto de desprendimiento y cariño con que han honrado la memoria de su deudo, que no les dejó otros bienes que los inapreciables de un apellido immaculado y una gloria que vivirá mucho.

En nuestro próximo número publicaremos el prólogo que ha puesto a la obra nuestro compañero Mariano Ruiz-funes, una poesía de Tornel y un trabajo literario suyo, insertado, hace muchos años, en el «Semanao murciano» y desconocido de las generaciones actuales. También incluiremos un artículo de crítica literaria sobre los «Romances».

El importe de la venta del libro de Tornel se destina a una obra benéfica, para que su recuerdo llegue a todos los corazones. Seguramente que ningún buen murciano dejará de colaborar en este noble tributo y que el libro estará en todas las manos. Es el menos homenaje que podemos tributar a su autor.

«LA REVISTA QUINCENAL»

En pasados números dimos cuenta de la próxima aparición de esta interesante Revista. Tenemos a la vista los dos primeros números. La edita la casa Bloud y Gay. Colaboran en ella nombres prestigiosos de la intelectualidad española; entre ellos figura el de nuestro cultísimo compañero de OROSPEDA el catedrático de Lógica de nuestra Universidad don Pedro Font y Puig. El sumario de los números referidos es interesantísimo. Lo reproducimos a continuación:

Número I (10 de Enero de 1917) Concha Espina «Don Quijote en Barcelona»,—Felipe Pedrell, «Cancionero español popular musical»,—Armando Palacio Valdés, de la Real Academia Española, «Años de juventud del Doctor Angélico»,—Vizconde de Eza, Diputado a Cortes y Ex Director general de Agricultura. «Los dos grandes postulados de la Economía agraria»,—Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española. «Dos sonetos inéditos de Fray Luis de León»—J. Bautista Enseñat «El homicidio en la guerra»,—Marqués de Morella. «La técnica»,—Pedro Sangro y Ros de Olano. «Crónica general»,—Boletín Bibliográfico.

Número II (25 Enero de 1917).—Jesús Arias de Velasco, Vice-rector de la Universidad de Oviedo. «El Derecho Público Español»—Juan de Hinojosa. «El Renacimiento católico en la literatura francesa contemporánea»—Armando Palacio Valdés, de la Real Academia española, «Años de juventud del Doctor Angélico», (continuación),—Carlos Silva Vildósola, «Influencias españolas y francesas en Chile»,—A. Rodríguez Codolá, de la Academia de Bellas Artes de Barcelona, «De Arte»,—Mariano Rubio Bellve, «Crónicas de la gran guerra». — Boletín Bibliográfico.

Deseamos a la nueva é interesante publicación toda clases de prosperidades.

NUESTRO FOTOGRAFADO

Con el presente número recibirán los abonados a esta REVISTA un fotograbado con tres interesantes dibujos de Pascual. Publicado el estudio de nuestro colaborador don Luis Luna, sobre el notable pintor murciano y elogiados en él brillantemente los dibujos, inéditos, de Pascual, hemos creído un complemento del mismo la reproducción de algunos de esos dibujos, seleccio-

nados por el propio señor Luna, para que sean conocidos de todos.

Esperamos, confluadamente, que nuestros lectores sabrán agradecernos los sacrificios que nos imponemos por hacerlos interesante OROSPEDA.

LA REGION MURCIANA EN MADRID

No puede OROSPEDA dejar de mirar con júbilo la acogida cariñosa que ha tenido en Madrid y las brillantes gestiones que ha realizado la Comisión de nuestra Huerta que ha ido a la Corte con tal fin, eficazmente auxiliada por nuestros representantes en Cortes.

Nuestra Revista, atenta a todo lo que represente resurgimiento regional, pone a disposición de este movimiento todos sus entusiasmos y su amor a Murcia.

UNA FIESTA DE ARTE

En nuestro Casino tendrá lugar el día 2 de Febrero un baile infantil de trajes, en el que tomarán parte niños de ambos sexos, menores de doce años.

La fiesta, de un sugestivo atractivo y de una artística gracia, honra a su iniciador don Vicente Llovera, Presidente de la Sociedad.

POSESION

Nuestro querido amigo el cultísimo Ingeniero de Minas Don Alvaro Spottorno ha tomado posesión del cargo para que ha sido nombrado en esta Jefatura.

Reciba nuestra enhorabuena.

TRIUNFO TEATRAL

El día 22 del pasado Enero se estrenó en el Teatro Circo de Orihuela un drama en tres actos y en verso de nuestro querido amigo y colaborador, el distinguido literato y cronista oficial de aquella ciudad don Rufino Gea, titulado «Los nietos de la Armengola», por la compañía Gómez Ferrer.

La obra, que trata del interesante tema histórico de la lucha de las Germanias en la ciudad, está muy bien concebida, es interesantísima por su asunto y tiene una versificación limpia y correctísima. Sus paisanos tributaron un cariñoso homenaje al autor, mereciendo la representación entusiastas ovaciones.

Felicitemos muy sinceramente al señor Gea.

COLABORADORES EXPONTANEOS

Agradecemos mucho el envío de varios originales para su publicación en OROSPEDA. Ello prueba que va adquiriendo importancia nuestra Revista. Pero como la voluntad es una cosa hosca y eminentemente práctica, que no siempre se puede armonizar con los sentimientos, lamentamos con toda nuestra alma no poder insertarlos. Esta Revista no publicará más originales que los que soliciten su director o los señores que forman su Comité de Redacción.

LIBROS NUEVOS

HISTORIA, CRÍTICA, MEMORIAS

ARMAS, José de: *El Quijote y su época*.—Renacimiento, Madrid 1916.—3'50 pesetas.

CASANOVA, *Memorias*.—Versión castellana. Extracto de las...—Sociedad general de Librería, Madrid, 1917.—3'50 pesetas.

NOVELA

BARA, Leopoldo: *El Premio*.—Imprenta de M. G. Hernandez, Madrid, 1916.—3 pesetas.

BAROJA, Pío: *La feria de los discretos*.—Nueva edición, Rafael Caro Raggio, editor, Madrid, 1917.—3'50 pesetas.

BAROJA, Pío: *Paradox Rey*.—Nueva edición, Rafael Caro Raggio, editor, Madrid, 1917.—3 pesetas.

CASTELLANOS, Jesús: *La Conjura*.—Biblioteca Andrés Bello. Editorial América, Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

GHIRALDO, Alberto: *Carne doliente*, (cuentos argentinos).—Cubierta de Moya del

Pino. V. H. de Sanz Calleja, Madrid, 1917.—3'50 peseta .

POE, Edgard: *Aventuras de Gordon Pym*.—Traducción de A. de Rosas, Barcelona, Biblioteca Domenech. E. Domenech, editor, encuadernado en tela, 1 peseta.

POESIA

MARISTANY, Fernando: *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua francesa*.—Traducidas directamente en verso por... Con un apéndice en homenaje a Emilio Verhaeren. Editorial Cervantes, Valencia, 1917.—2 pesetas.

MARTINEZ TORNEL, José: *Romances populares murcianos*.—Prólogo de Mariano Ruiz-funes. Epílogo de Enrique Martí; con retrato del autor, Murcia.—Imprenta de Lourdes, 1917.—2 pesetas.

URBINA, Luis G.: *El glosario de la vida vulgar*.—Poesías inéditas (Crear-Crear). Colección Ruben Dario, volumen 1.º. Nota preliminar de Amado Nervo. Librería de la viuda de Pueyo. Madrid, 1916.—3 pesetas.

VALERO MARTIN, Alberto: *Salamanca*.—Renacimiento, Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

VILLAESPESA, Francisco: *Granada*.—Sucesores de Hernando. Madrid, 1917.—3 pesetas.

TEATRO

BRETON DE LOS HERREROS, Manuel: *El pelo de la dehesa*.—(Comedia en cinco actos). Nueva edición, Barcelona. Biblioteca Domenech. E. Domenech, editor, encuadernado en tela, 1 peseta.

VARIOS

ANTON DEL OLMET, Luis: *Marruecos*.—(De Melilla a Tánger). Imprenta de Juan Pueyo, Madrid, 1917.—3'50 pesetas.

AZORIN: *Entre España y Francia*.—Bloud y Gay, Barcelona, 1917.—3 pesetas.

BLANCO SANCHEZ, Rufino: *Arte de la lectura*.—Sexta edición. Imprenta de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museo. Madrid, 1916.—4 pesetas.

JOENGERSEN, Johanes: *La campana Roland*.—Traducción de Francisco Melgar. Bloud y Gay, Barcelona, 1917.—3 pesetas.

CAMBA, Julio: *Almania*. | Renacimiento, Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

CAMBA, Julio: *Londres*. Renacimiento.—Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

CAMBA, Julio: *Playas, ciudades y montañas*.—Renacimiento, Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

INSUA, Alberto: *De un modo á otro*.—Renacimiento, Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

WEYLER, Antonio: *Del solar Ibérico*.—Prólogo de Antonio Rey Soto.—Imprenta de M. García y Galo Saez. Madrid, 1917.—3 pesetas.

PALACIO VALDÉS, Armando: *La Guerra injusta* (La decisión de Francia.—El optimismo francés.—Meditación sobre el conflicto.—La estrategia de Napoleón.—Los socialistas franceses.—Franceses y españoles.—El ahorro francés.—Las mujeres y la guerra.—Autores y libros.—El kishma de las trincheras.—Los dos ideales.—El ídolo científico.—La religión de Francia.—¿Y después?).—Bloud y Gay.—Barcelona, 1917.—3 pesetas.

ROSO DE LUNA, Mario: *Biblioteca de las maravillas*.—Tomo II. «Las gentes del otro mundo». Prólogo de Fernando de la Quadra Salcedo, Madrid, imprenta de la Viuda de Pueyo, 1917—8 pesetas.

CANSINOS ASSENS, Rafael: *Estética y erotismo de la pena de muerte*.—Renacimiento. Madrid, 1916.—3'50 pesetas.

KIPLING, Rudyard: *Los fiecos [de la escuadra]*.—Traducción de Luis Araquistain. Sociedad española de Librería. Madrid, 1916 2 pesetas.

SANCHO BRUÑO. Julian Vicente: *Gramática comparada anglo-española*. Estudio crítico de las oraciones impersonales.—Imprenta Hijos de F. Vives Mora. Valencia.—1'50 pesetas.